

## LA CORRECCIÓN LINGÜÍSTICA. FURIÓ CERIOL Y PALMIRENO EN EL *CICERONIANISMO* ESPAÑOL

ÁNGEL LUIS LUJÁN

### 1. EL *CICERONIANISMO* ESPAÑOL

Como es bien sabido, el *ciceronianismo* nace en Italia en un intento de recuperar la pureza lingüística del latín, perdida en el medievo, tomando como modelo la prosa de los discursos de Cicerón. Es Petrarca quien empieza a plantear el problema de la imitación, pero no será hasta el enfrentamiento entre Poliziano y Cortesi cuando surja con claridad una división entre los ciceronianos extremos (Cortesi, Bembo, Longueil), que admiten únicamente la prosa ciceroniana como modelo de lengua, y los anticiceronianos, que proponen un modelo ecléctico de imitación (Poliziano)<sup>1</sup>. El debate llega a su punto máximo con la publicación en 1528 del diálogo *Ciceronianus* de Erasmo, que constituye una burla mordaz de los imitadores serviles de Cicerón. E. Asensio piensa que en la polémica intervienen factores políticos, religiosos e ideológicos que proporcionan ese cariz violento que cobra<sup>2</sup>. La repercusión que la polémica tiene en España está en íntima relación con la influencia que ejercía Erasmo en nuestro país. El desarrollo de lo que se puede llamar *ciceronianismo* español empieza, pues, con el descrédito que sufre la figura del humanista holandés, y tiene su centro de expansión en Valencia, más abierta a las influencias del mundo italiano. Las obras de Andrés Sempere, Pedro Juan Núñez y sobre todo de Lorenzo Palmireno, que publica en 1560 un tratado específico sobre la cuestión<sup>3</sup>, manifiestan claramente la ola de *ciceronianismo* que se pondrá de moda en la península. No obstante, aquí el debate tiene un tono conciliador que permi-

---

<sup>1</sup> Véase Juan María Núñez González, *El ciceronianismo en España*, Universidad de Valladolid, 1993, págs. 13-96.

<sup>2</sup> "Ciceronianos contra Erasmistas en España. Dos momentos (1528-1560)", *Hommage à Marcel Bataillon. Revue de Littérature Comparée*, 1978, pág. 137.

<sup>3</sup> *De vera et facili imitatione Ciceronis*, Zaragoza, 1560.

te hablar de *ciceronianismo* moderado<sup>4</sup> y se ve reducido en sus manifestaciones a una cuestión de pedagogía<sup>5</sup>. Ahora se puede seguir con detalle todo el desarrollo del movimiento en España a través del reciente y completo trabajo citado de Juan María Núñez, que señala en el fondo del debate un problema de indistinción entre estilo de lengua y estilo personal. Por su parte, Itziar Túrrez había ya realizado un resumen del movimiento basándose en Menéndez Pelayo, aunque con un fin distinto al perseguido aquí<sup>6</sup>.

## 2. FURIÓ CERIOL Y PALMIRENO ANTE EL *CICERONIANISMO*

Como ya he señalado, la figura de Juan Lorenzo Palmireno es central en el ámbito del *ciceronianismo* español por la obra antes citada. Es ésta un manual de lengua latina para niños de escuela dividido en dos partes: un diálogo castellano entre padre e hijo, que sirve de marco, y un tratado latino más sistemático. La novedad que presenta la obra es el planteamiento de la cuestión de la imitación dentro de la teoría de la traducción al latín. Me propongo aquí tratar con más detenimiento la aportación del maestro aragonés, teniendo en cuenta las bases lingüísticas y retóricas de que parte y cómo éstas se reflejan en el método concreto de imitación que él mismo propone. Porque, como dice Avelina Carrera, las posiciones adoptadas con respecto al tipo de uso que se haga del latín «son consecuencia directa de la concepción que de la naturaleza de la lengua latina se tenga en cada caso. Tales posiciones se concretan en la conocida polémica “ciceronianismo-erasmismo”»<sup>7</sup>.

El otro autor en que centraremos nuestra atención es Furió Ceriol, valenciano de nacimiento, aunque residió gran parte de su vida en los Países Bajos, donde publicó un tratado de retórica<sup>8</sup>. Fue discípulo de Petrus Ramus y Omer Talón en París y se contagió de la admiración por Cicerón de sus maestros.

Aunque en ningún lugar de su obra se declara abiertamente ciceroniano y llega a criticar incluso el *ciceronianismo* servil, encontramos en él rasgos indudablemente ciceronianos que nos llevan a incluirlo en estas reflexiones

<sup>4</sup> Miguel Ángel Rádabe, «Ciceronianismo moderado e imitación en la España del XVI: las figuras de Maldonado, Palmireno y Matamoros», *Fortunatae*, 1, 1991, págs. 197-207.

<sup>5</sup> Andrés Gallego Barnés, *Juan Lorenzo Palmireno (1524-1579). Un humanista aragonés en el Studi General de Valencia*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1982; Avelina Carrera de la Red, *El «problema de la lengua» en el Humanismo Renacentista Español*, Universidad de Valladolid, 1988, pág. 140.

<sup>6</sup> *La lengua en el Siglo de Oro*, Bilbao, Deusto, 1987, págs. 24-36.

<sup>7</sup> A. Carrera de la Red, *op. cit.*, pág. 87.

<sup>8</sup> *Institutionum Rhetoricarum libri tres*, Lovaina, 1554.

sobre el movimiento en España, añadiendo así una figura más, en la que nadie se había fijado, a la historia de este debate retórico-lingüístico.

## 2.1. *Supuestos retóricos de la imitación*

### 2.1.1. La pureza de la lengua: autoridad y uso

Según he dicho, el debate sobre el *ciceronianismo* arranca de una cuestión estrictamente lingüística: la recuperación de un latín puro. Como el latín no es una lengua en uso, hay que acudir a las fuentes documentales para ello. El uso, que según Quintiliano era el maestro del hablar<sup>9</sup>, tiene que ser sustituido por la *auctoritas*. La confusión de estos dos criterios se muestra como el rasgo más sobresaliente del *ciceronianismo* extremo, ya que sus partidarios reducen el uso del latín al «uso» particular de un autor. El mismo Furió, que en principio había dado una lista bastante amplia de autoridades, acaba admitiendo sólo la de Cicerón<sup>10</sup>. No obstante, ya desde Quintiliano autoridad y uso se hallan implicados y son difícilmente separables: «Así pues, llamaré uso de la lengua al consenso de los eruditos»<sup>11</sup>; igualmente, cuando Valdés propone el uso como criterio básico de corrección se está refiriendo al «uso de los que bien escriben»<sup>12</sup>. El problema surge cuando los ciceronianos intentan justificar por qué el uso de Cicerón es superior al de los demás autores sin acudir a razones retóricas o de tipo discursivo. Palmireno, por ejemplo, apela en un primer momento a la intuición lingüística del hablante, pero basando ésta en una norma concreta: el habla culta de la corte, para pasar inmediatamente a considerar como modelo único la autoridad de los «doctos» y el uso de los que «lo entienden»<sup>13</sup>. Resulta difícil, pues, establecer una barrera rígida entre estos dos conceptos que se implican mutuamente, ya que el uso es siempre «uso de alguien». La indistinción que señala Juan María Núñez entre estilo de lengua y estilo personal no es exclusiva de los ciceronianos, sino que está en el fondo de todo debate lingüístico.

Para salir de esta confusión hay que acudir a causas extralingüísticas que justifiquen la superioridad de unos usos sobre otros. Los ciceronianos apuntan a dos tipos de causas. Las primeras se refieren al contexto histórico de

<sup>9</sup> *Institutio Oratoria*, I,6,3.

<sup>10</sup> Furió Ceriol, *op. cit.*, pág. 63.

<sup>11</sup> *Institutio Oratoria*, I,6,45.

<sup>12</sup> *Diálogo de la lengua*, pág. 179. Cito por la edición de Cristina Barbolani en Cátedra, 1987.

<sup>13</sup> Palmireno, *op. cit.*, pág. 75.

Cicerón: el máximo esplendor de la lengua coincide con el momento de mayor auge del Imperio y con el desarrollo más completo de la oratoria y de la literatura. Estos factores externos hacen que la lengua que sirvió de vehículo a estos logros se magnifique como norma absoluta. Recordemos aquí el «siempre la lengua fue compañera del imperio» de Nebrija<sup>14</sup>, y que es la existencia de una floreciente literatura en romance en Italia la que hace que el ciceronianismo se levante como reacción a una posible influencia de la lengua vernácula en el latín, cosa que no podía ocurrir en las tierras del Norte, desprovistas de literatura nacional, según apunta Jacques Chomarat<sup>15</sup>.

Esta pujanza de las lenguas vernáculas nos lleva al segundo tipo de causas, que es el que fundamentalmente subrayan los ciceronianos quizá en un intento de ocultar las causas externas anteriormente explicadas. Se trata de demostrar la superioridad del latín del tiempo de Cicerón por comparación al tiempo posterior de barbarie. Palmireno data el inicio de la corrupción del latín cuando el Imperio se extendió tanto que la lengua comenzó a admitir palabras tomadas de las lenguas propias de las provincias<sup>16</sup>. Lo que en tiempos de Quintiliano no suponía mayor problema que adoptar una palabra extranjera para una realidad recién conocida y ponerla en circulación, ahora este tipo de neologismo constituye una grave amenaza. Lo que se oculta detrás es, en realidad, el miedo a que el latín se deje «invadir» por las lenguas vernáculas. Furió Ceriol es de los que mejor expresa esta prevención y más conscientemente señala el peligro de la creación de derivados latinos por analogía con la derivación de las lenguas vernáculas, que llevaría en último extremo a un cambio de sistema<sup>17</sup>. El hecho de que Palmireno, un filólogo tan escrupuloso, reduzca el *barbarismus* a lo que Quintiliano y la tradición gramatical entienden por *verba peregrina* o extranjerismo indica también este intento de mantener bien separadas las lenguas y de impedir que una corrompa a la otra, ahora que las lenguas vernáculas, derivadas al fin y al cabo del latín, presentaban peligrosas analogías con la lengua de la Antigua Roma. Podríamos preguntarnos, siguiendo el razonamiento de J. Chomarat, si no habrá alguna relación de causa-efecto en el hecho de que el ciceronianismo se haya dado predominantemente en países de lengua románica.

Lo que se desprende de este análisis es que nuestros autores conciben la

---

<sup>14</sup> *Gramática de la lengua castellana*, Antonio Quilis, Ed., Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1992, pág. 13.

<sup>15</sup> Cfr. Jacques Chomarat, *Grammaire et Rhétorique chez Erasme*, París, Société d'édition «Les Belles Lettres», 1981, II, págs. 820-821.

<sup>16</sup> Palmireno, *op. cit.*, pág. 77.

<sup>17</sup> Furió Ceriol, *op. cit.*, pág. 245.

lengua como algo estático. Una lengua es un conjunto de reglas y expresiones encerrado dentro de unas claras fronteras que la aíslan del contacto con las demás lenguas. De hecho, la idea que subyace a la consideración de la superioridad de unas lenguas sobre otras, la de que las lenguas evolucionan en tres fases (idea que está tanto en Nebrija como en los *ciceronianos*), supone una compartimentación y autonomía de estados de lengua incompatibles, como demuestra el hecho de que las mismas denominaciones de cada estado reflejen valores: desarrollo, esplendor y decadencia. Pero no admiten los ciceronianos que la existencia y la vigencia de cada uno de estos sistemas dependa de factores externos a ellos. Es significativo que Palmireno dedique la primera parte de su diálogo a eliminar cualquier tipo de incidencia ideológica en el *ciceronianismo* y situar la cuestión en un plano puramente lingüístico.

### 2.1.2. El marco del discurso. Naturaleza y arte

Al binomio uso/autoridad, hay que añadir ahora un tercer término, el de «arte». Evidentemente la forma de adquisición de la lengua latina y la vulgar es muy distinta, en palabras de Valdés: «Porque he aprendido la lengua latina por arte y libros y la castellana por uso»<sup>18</sup>. Los ciceronianos estarían de acuerdo con que la lengua vernácula se aprende por el «uso», pero ¿cómo decir que se aprende por «arte» la lengua que depende de un único hablante, en este caso Cicerón?

Los ciceronianos se encuentran con la paradoja de que al querer imitarlo olvidan a Cicerón. En la confusión vista entre autoridad y uso, los ciceronianos invierten la cuestión inicial: no es que se imite a Cicerón porque su latín sea el más puro, sino que ocurre que el latín es puro porque es precisamente de Cicerón. Si la imitación tiene que ser la imitación de lo mejor, Cicerón deja de ser Cicerón para convertirse en la etiqueta que se pone a las mejores virtudes oratorias y lingüísticas. En palabras de J. Chomarat: «l'imitation suppose un jugement porté sur le modèle [...] ce qui implique déjà quelque connaissance des règles de l'art»<sup>19</sup>. Quintiliano inició este proceso de despersonalización de Cicerón al hacer de él no un hombre sino la elocuencia misma<sup>20</sup>; y el propio Erasmo afirma que «quien más se aproxima a Cicerón es el que mejor habla de cualquier asunto»<sup>21</sup>. Al con-

<sup>18</sup> Juan de Valdés, *op. cit.*, pág. 121.

<sup>19</sup> J. Chomarat, *op. cit.*, pág. 823.

<sup>20</sup> *Institutio Oratoria*, Londres, Willian Heinemann, 1963, ed. H. E. Butler, 4 vols., X,1,112.

<sup>21</sup> *Obras escogidas*, Madrid, Aguilar, 1964, pág. 1211.

vertirse el autor latino por efecto de una antonomasia en «la mejor lengua», no hay en realidad una confusión entre estilo de lengua y estilo personal, lo que ocurre es una «desestilización» completa de Cicerón; éste pasa a convertirse en puro esquema, hasta el punto de que Palmireno, citando a Rizio<sup>22</sup>, dice que Cicerón es como el taller de un zapatero, una especie de muestrario donde cada uno toma lo que mejor le viene. Aquí estamos completamente de acuerdo con Juan María Núñez cuando considera que el empeño racionalista del Brocense no se opone a los postulados renacentistas que consideran que el único criterio gramatical válido era el uso que de la lengua latina había hecho Cicerón, sino que constituye su marco.

La consideración de la existencia de unas normas que regulan el uso de la lengua, lleva la discusión al campo de la retórica. Así, Palmireno, al contestar a las objeciones de los anticiceronianos, no lo hace desde premisas lingüísticas, como hubiéramos esperado, sino desde supuestos de retórica relacionados principalmente con la disputa *natura/ars*. Por ejemplo, la objeción: «Nunca hay que violentar la naturaleza»<sup>23</sup> se resuelve diciendo que los defectos naturales deben ser corregidos por la ejercitación (no habla de imitación) y pone el ejemplo de Demóstenes. No se trata de un deslizamiento de la gramática a la retórica, sino más bien de una identidad de partida, como nos hace pensar el inicio de la retórica de Palmireno. En ella el autor de Alcañiz hace de la *oratio* el objeto de dos disciplinas: retórica y gramática, y siguiendo a Aristóteles en el *Peri hermeneias* define el discurso como «indicador de la mente que expone por medio de nombres y verbos las sensaciones del espíritu y los pensamientos callados»<sup>24</sup>, es decir, la definición que estrictamente corresponde al *sermo* (lenguaje) la aplica al término *oratio* (discurso). Furió Ceriol plasma la misma opinión en una afirmación que suena bastante moderna: el dominio de la retórica se extiende a todo lo que puede «hacerse con palabras» (*aliquid verbis efficere*)<sup>25</sup>. Y es este autor el que nos permite comprender con más claridad el paso de la «autoridad» al «arte» y la inclusión de la gramática en la retórica.

Furió se presenta en principio como un ciceroniano extremo al reducir el elenco de autores de los que tomar vocabulario a Cicerón y negar todo tipo de innovación lingüística. Sin embargo, a la hora de hablar de la imitación propone un modelo ecléctico. Lo que muestra esta aparente contradicción es que el *ciceronianismo* en último extremo remite a la adopción de

---

<sup>22</sup> Palmireno, *op. cit.*, pág. 120.

<sup>23</sup> *Ibid.*, pág. 117.

<sup>24</sup> *Rhetorice prolegomena*, Valencia, 1567, pág. 6.

<sup>25</sup> Furió Ceriol, *op. cit.*, pág. 108.

unas reglas abstractas que se materializan con especial éxito en los discursos de Cicerón. A esa conclusión llegamos partiendo de la afirmación de que toda disciplina humana se completa por naturaleza, arte y ejercitación, también la elocuencia. La imitación se incluye dentro de la ejercitación como su instrumento más poderoso<sup>26</sup>. La naturaleza es tanto la capacidad ingénita de cada persona como el conjunto de hechos que se dan en el mundo de forma espontánea, y la ejercitación es tanto el entrenamiento para conseguir cierta habilidad como el uso efectivo de dicha habilidad. Por tanto, naturaleza y ejercitación, en sus segundos sentidos son sinónimas. Tenemos aquí el punto de partida de los ciceronianos: el uso correcto del latín (de la elocuencia, en general) es el uso efectivo que de él hizo Cicerón. El método de imitación es, pues, puramente empírico: consiste en copiar lo dicho por Cicerón, y el arte no es nada más que una sistematización en preceptos, no tienen entidad propia, es simplemente el esquema, la idea (en sentido platónico) de la naturaleza (lo que se da efectivamente) y es coextensivo con ella. Lo empírico no es más que el despliegue de unas reglas que dependen de razón (arte) o a la inversa, las reglas (arte) están insertas en cada uno de los datos naturales.

### 2.1.3. La imitación como fijación de la forma

Se impone así la necesidad de fijar una norma, como ya había señalado Nebrija para la lengua española en comparación con la griega y latina, «las cuales por aver estado debaxo de arte, aunque sobre ellas an passado muchos siglos, toda vía quedan en una uniformidad»<sup>27</sup>. Esta necesidad de fijación, identificada con la concepción estática que hemos visto que tienen de la lengua nuestros autores, hacen del latín una lengua muerta, fuera del uso cotidiano a que la querían devolver Erasmo y Vives, y relegada a la escritura. Es importante señalar cómo Furió admite la superioridad de lo escrito por el mayor espacio que se da al juicio y a la reflexión<sup>28</sup>. Se intenta aislar al latín de toda influencia externa y se especializa en la transmisión de la alta cultura. En este sentido afirma el Brocense que el hecho de hablarlo lo corrompe inevitablemente. Erasmo hace decir a Nosoponus en su *Ciceronianus*: «Para charlar de cualquier tontería tengo suficiente con la lengua gala u holandesa»<sup>29</sup>. Palmireno parece compartir esta opinión cuan-

<sup>26</sup> *Ibid.*, pág. 218.

<sup>27</sup> Nebrija, *op. cit.*, págs. 15-16.

<sup>28</sup> Furió Ceriol, *op. cit.*, pág. 215.

<sup>29</sup> Citado en Juan María Núñez, *op. cit.*, pág. 120.

do considera la parte castellana de su obra como una cosa pueril, un apoyo que se da al niño para que entienda lo realmente importante: el tratado en latín. La fijación de la cultura supone la fijación de una lengua, y la alta cultura necesita el soporte de una lengua con un brillo especial. Así, no es de extrañar que nuestros autores exijan que el lenguaje conste de las palabras más excelentes posibles y más alejadas del habla común como rasgo general de la *elocutio*. Valdés comparte esta idea al afirmar que «para considerar la propiedad de la lengua castellana lo mejor que los refranes tienen es ser nacidos en el vulgo»<sup>30</sup>.

Esta fijación de la lengua latina como lengua de cultura, a través de la imitación, se remitirá únicamente al plano de la expresión. Como afirma Itziar Túrrez, «las fórmulas ciceronianas eran utilizadas, adaptadas como soluciones expresivas al pensamiento y no al revés»<sup>31</sup>. Vemos que Palmireno intenta desde el primer momento separar expresión y contenido en el aviso que da a su hijo de tener 'más en cuenta la «sentencia» que los «vocablos»<sup>32</sup>. Furió parece abogar en principio por una imitación tanto de la expresión como del contenido: «Y no hablo aquí tanto de las palabras como de los asuntos mismos y de su sitio y colocación»<sup>33</sup>, pero en realidad a lo que se refiere con «sitio y colocación» es a las condiciones de uso de la expresión y no a su contenido. Sin embargo, Valdés, como exponente de una reflexión sobre una lengua viva, no considera separables los dos planos, y de ahí la dificultad de la traducción<sup>34</sup>. Va a ser esta cuestión de la traducción, en la que Palmireno instala su método de imitación, la que demuestre las distintas concepciones de lengua. Mientras que Valdés usa los refranes castellanos para extraer muestras lingüísticas, Palmireno entiende que los refranes castellanos tienen su correspondiente latino exacto. En él más que traducción se produce una transculturación o transcodificación<sup>35</sup>, ya que, según muestran los ejemplos, hay un cambio de registro al pasar de una lengua a otra, de lo vulgar a lo culto. Palmireno da un muestrario de equivalencias entre expresiones fijas que no valen por su significado literal sino por el uso que de ellas se hace en el discurso.

Cada lengua, pues, considerada vehículo de expresión de un contenido preexistente, tiene un estilo propio que hay que respetar. Este respeto sirve para la transmisión más eficaz del contenido, fundamentalmente para no estorbar la comprensión por el uso de expresiones extrañas o desacostumbradas.

<sup>30</sup> Juan de Valdés, *op. cit.*, pág. 127.

<sup>31</sup> Itziar Túrrez, *op. cit.*, pág. 32.

<sup>32</sup> Palmireno, *op. cit.*, pág. 88.

<sup>33</sup> Furió Ceriol, *op. cit.*, pág. 219.

<sup>34</sup> Juan de Valdés, *op. cit.*, pág. 226.

<sup>35</sup> Véase Esteban Torre, *Teoría de la traducción literaria*, Madrid, Síntesis, 1994, pág. 69.



das para los oyentes. El propio Palmireno, cuando es preguntado por qué usó la palabra *professor* si no se encontraba en Cicerón, se explica: «Quise mas llamarme con humildad barbara *professor* que no con soberbia cicero-niana *doctor* porque aquel papel imprimiale para pueblo que no sabian que era Cicerón hasta que yo llegue y leyendo en mi papel que venía un *doctor linguarum* dixera que era locura doctor en gramatica. Assi me llame *professor linguarum* y quando ya avra muchos ciceronianos mudare el nombre pues no escandalizara»<sup>36</sup>. Vemos que la elección de una lengua y el respeto de su estilo (esto es, de sus usos) es una deferencia hacia el interlocutor. Lo único que importa es mantener la referencia, tender un puente entre la imagen conceptual del emisor y la del receptor. Así, las lenguas no sólo ni principalmente son portadoras de significados, sino elencos de usos acostumbrados por los hablantes de una comunidad, son pura forma. La traducción, por tanto, no se produce de una lengua de origen a una lengua terminal, sino de un contenido no lingüístico a distintos sistemas lingüísticos, lo que supone creer en la sinonimia absoluta. Y lo más curioso es que el tipo de traducción que propone aquí Palmireno es idéntico al que se usa en la traducción asistida por ordenador: «La traducción automática se basa en el principio teórico de que la forma y el contenido de un texto son separables y que, por lo tanto, es posible reformular el contenido con la forma de otra lengua y con la misma intención comunicativa»<sup>37</sup>. Podemos pensar en las máquinas de traducir de Leibniz y Descartes y señalar que el nacimiento de la ciencia moderna comparte algunos postulados con la retórica humanista como es la posibilidad de separar el contenido de la expresión.

## 2.2. El método de la imitación

Una vez examinado el marco retórico vamos a ver cómo lo dicho tiene su reflejo en la manera concreta de llevar a cabo la imitación. Para ello seguiremos la obra citada de Palmireno.

La imitación para Palmireno, como hemos visto, se limita estrictamente al estilo. Éste se compone de tres elementos: «*splendida verborum copia, arguta sententiarum varietas, suavitas componendi*»<sup>38</sup>.

El método general para llevar a cabo la imitación pone de manifiesto lo que ésta tiene de paráfrasis. Cuando Palmireno rechaza un tipo de método que consiste en tomar un período de Cicerón e invertir el orden de las pa-

<sup>36</sup> Palmireno, *op. cit.*, pág. 85.

<sup>37</sup> Esteban Torre, *op. cit.*, pág. 81.

<sup>38</sup> Palmireno, *op. cit.*, pág. 66.

labras, no lo hace porque se limite a una repetición sino porque rompe la estructura rítmica del período<sup>39</sup>. El método que aprueba Palmireno es el de Sebastián Corrado que consiste en aprender de memoria palabras y frases enteras del Orador, de manera que cuando haya que hablar o escribir, éstas nos salgan espontáneamente. No consiste, pues, en decir lo mismo que Cicerón sino en usar sus mismas palabras y expresiones. Parece así que volvemos al método empírico de tomar las muestras de la realidad (usos concretos de Cicerón) tal como se nos dan, pero no es así: como las situaciones que se nos presentan tienen sus propiedades particulares, a veces es preciso variar alguna palabra o expresión; y aquí es donde entran de nuevo las reglas a que se reduce el uso de Cicerón, ya que el cambio, supresión o añadido, debe hacerse de tal forma que se respete el ritmo, elemento integrador de todo el período.

La imitación, por tanto, se realiza en el nivel de la oración (o período), es decir, en el nivel mínimo de significado y ritmo completos. Cada oración se somete a un doble proceso: en el plano de la expresión, a una amplificación o disminución, en el plano del significado se aplica la oración a un contenido similar al que la aplicó Cicerón.

### 2.2.1. *Copia verborum*

No toda palabra ciceroniana ha de ser inmediatamente aceptada como latina. Hay unas reglas de selección del vocabulario que responden a una triple necesidad: al hecho de que Cicerón no escribió sobre todas las materias, que lo que Cicerón escribió sobre una materia no vendrá bien a otras, y la existencia en Cicerón de arcaísmos. Estas reglas son las siguientes:

- a) Se usarán palabras ciceronianas siempre que sea posible.
- b) Si el término no se encuentra en Cicerón, se permite el uso de palabras nuevas.
  - b.1) Se pueden formar palabras nuevas guardando la analogía que observó Cicerón para crear las suyas.
  - b.2) Se pueden tomar palabras totalmente no ciceronianas. Para ello se da un canon de autores, no para su imitación, sino para extraer de ellos vocabulario. Estas palabras se usarán en dos casos:
    - b.2.1) Cuando se trate de tecnicismos de alguna disciplina de que no haya hablado Cicerón. Así, está permitido extraer vocabulario de Vitruvio para la arquitectura, de Columela para la agricultura, etc.

<sup>39</sup> *Ibid.*, pág. 123.

b.2.2) Cuando se trate de palabras propias de la Iglesia (normalmente en griego) se respetarán como concesión a la tradición.

Palmireno da una serie de referencias bibliográficas de léxicos de donde extraer palabras ciceronianas, sin necesidad de acudir directamente a los textos de Cicerón.

Es importante tener almacenado un buen caudal de palabras para que al sustituirlas y añadirlas no alteremos el ritmo del período. Pero esta abundancia léxica nos sirve también para desplegarla a lo largo de la frase. En el ejemplo que nos da Palmireno de traducción se pone al niño una oración romance sencilla y se realizan dos operaciones en su vertido al latín, primero la amplificación a través del añadido de adjetivos a los sustantivos y de adverbios a los verbos, que produce un brillo especial de la expresión que corresponde al registro culto para el que se ha especializado el latín; después, la elección de los sustantivos, condicionada por su denotación y la de los verbos por su significado, pero teniendo en cuenta el ritmo del período. Según esto, la composición en latín no es más que una amplificación. Igualmente las figuras elocutivas están al servicio de la amplificación. Por tanto, las figuras de dicción no son más que modelos que guían la paráfrasis de oraciones. Furió Ceriol también considera que todas las figuras «están al servicio únicamente de la amplificación»<sup>40</sup>. Estas mismas formas que ambos autores creen el uso efectivo de la frase son las que Quintiliano propone en la *copia verborum*<sup>41</sup>. Podemos preguntarnos si esta aplicación de la *copia verborum* a la *electio verborum* no es un procedimiento similar al que Jakobson denomina proyección del eje de selección sobre el eje de combinación<sup>42</sup>.

Pero la elección de palabras no acaba en el nivel léxico. Cuando Palmireno habla de la colocación de palabras entramos en el terreno sintáctico; sin embargo, el tratamiento que le da es igual al de la *electio verborum* o *verba simplicia*. Los sintagmas complejos forman unidades indisociables similares a las palabras: «*facere verba, ferre suppetias...*». Estas unidades conviene considerarlas inalterables porque la sintaxis de las lenguas vernáculas amenaza con destruir las reglas de selección léxica propias del latín. Nuevamente Palmireno asimila barbarismo a un fenómeno que propiamente tiene otro nombre: solecismo.

La elección, pues, no se realiza palabra a palabra sino por sintagmas enteros. Cicerón, como si de un simple catálogo se tratara, provee igualmente

<sup>40</sup> Furió Ceriol, *op. cit.*, pág. 194.

<sup>41</sup> *Institutio Oratoria*, X,1,11-15.

<sup>42</sup> Roman Jakobson, *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Seix Barral, 1981, pág. 360.

de palabras y expresiones complejas. Estas últimas también se recogen en léxicos que cita Palmireno.

### 2.2.2. *Arguta sententiarum varietas*

Cuando Palmireno habla de *sententia* no se refiere a «significado» sino a la manera en que la similitud de contenido permite usar en una situación nueva la expresión que usó Cicerón. Por tanto, no se trata de qué significa un período sino de cómo significa. Nos hallamos en el campo de las figuras de pensamiento. Del mismo modo que las figuras de dicción dirigen la amplificación, las figuras de pensamiento dirigen la asignación de significado. El consejo de Palmireno es que cuando nos pongamos a escribir busquemos en Cicerón si ha tratado sobre lo mismo o algo similar para imitarlo. Por ejemplo, para la elección de un maestro de escuela toma como modelo el discurso a favor de la ley Manilia en que se propone a Pompeyo como el general más idóneo para la guerra contra Mitrídates. Vemos que las palabras se aplican a situaciones y que son los factores discursivos los que determinan el significado. Las variaciones en la expresión dependerán de la adaptación a la nueva situación, principalmente debido a los mecanismos de referencialidad.

Palmireno acaba dando una lista de «tópicos» o temas donde podemos acudir para encontrar algo que se asemeje a nuestro intento. Así pues, Cicerón no sólo aparece como catálogo en el léxico y la sintaxis, sino también en el nivel discursivo. Todo discurso se reduce a un solo tópico que puede ser aprovechado por el imitador para una parte de su obra o para la totalidad de ella. Incluso en esta lista el autor de Alcañiz mezcla técnicas globales como la narración o el vituperio en lo que parece un intento de «tematizar» la forma. Nos encontramos de nuevo ante esquemas generales o ideas platónicas que hay que poner en uso.

### 2.2.3. *Suavitas componenti*

Es el elemento fundamental de la lengua de Cicerón, el que la caracteriza frente a las demás. Como ya hemos visto, la posibilidad de elegir entre varias palabras está al servicio del mantenimiento del ritmo como unidad constructiva del período.

No voy a entrar en los detalles de la preceptiva sobre el ritmo; sólo señalaré que Palmireno acaba confundiendo «ritmo» con construcción no sólo del período sino del discurso en su conjunto. Podemos verlo en el catá-

logo que aquí se nos ofrece de esquemas lingüísticos usados por Cicerón y a qué contenido se pueden aplicar. Éste consta de: palabras con que inicia Cicerón los asuntos graves; palabras con que continúa el período; palabras con que cierra el período; modo de hacer las transiciones en las discusiones; modo de citar dichos y sentencias de otros; modo de hacer objeciones; modo de responder a las objeciones: concesión, ridiculización, antítesis, disolución; modo de introducir prosopopeyas; modo de hacer la amplificación y atenuación; modo de hacer la comparación o los símiles. Y para que quede más claro el carácter de catálogo u obra de consulta que se da a Cicerón, se añade a esta lista una serie de diccionarios que contienen sentencias de Cicerón, fórmulas de alabar, recomendar, pedir, felicitar, exhortar, etc. Todo esto nos da una idea de qué eran esas fórmulas que los ciceronianos tenían aprendidas y dispuestas para su uso improvisado.

### 3. CONCLUSIÓN

El análisis de nuestros autores conduce a la conclusión de que no se puede aislar la lengua de sus condiciones discursivas: la corrección lingüística (*latinitas*) no es separable de la *eloquentia*. El debate que plantea el *ciceronianismo* va más allá de una cuestión de estilo y pone al descubierto los problemas de toda teorización lingüística. El uso, a pesar de encontrarnos ante una lengua muerta como es el latín, sigue siendo el criterio último de corrección, pues lo que en el fondo hacen los ciceronianos es fijar las condiciones de uso de esta lengua en su momento: se trata de un vehículo escrito para la transmisión de la alta cultura entre los «eruditos». Estas condiciones de uso se explicitan como un conjunto de reglas o «arte» que llevan la discusión al campo de la retórica, donde el criterio fundamental no es ya el de la corrección sino el del «decoro» (*aptum*).

El latín se encuentra así con la doble tensión a que está sometida toda lengua. Por una parte, tiende a la fijación para garantizar su identidad (y su univocidad) y, por otra, necesita la renovación que exige su uso efectivo. Los ciceronianos resuelven el conflicto acudiendo a la paráfrasis como forma de composición. Ello sólo es posible porque el pensamiento retórico del momento permitía establecer una clara separación entre expresión y contenido. A su vez, el hecho de que las retóricas estuvieran escritas en latín y ésta fuera una lengua muerta condicionaba sin duda este mismo pensamiento retórico-lingüístico. En suma, no podemos salir del círculo que toda lengua teje entre teorización y uso efectivo, llámese éste Cicerón o pueblo hablante.